

«Apunta directamente al corazón y da en el blanco.»
Delia Owens, autora de *La chica salvaje*

La tierra herida



CLARE LESLIE HALL

Fue un amor secreto.
Hasta que se convirtió en una tragedia.

CLARE LESLIE HALL

LA TIERRA HERIDA

Traducción de Lara Agnelli

 Planeta

Título original: *Broken Country*

© Light Oaks Media Ltd, 2025

First published in Great Britain in 2025 by John Murray (Publishers)

© por la traducción, Lara Agnelli, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-08-30972-7

Depósito legal: B. 14.638-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



1968

Hemston, condado de Dorset

—Gabriel Wolfe ha vuelto a Meadowlands. —Frank me lanza el nombre como si fuera una granada, que estalla sobre mí mientras desayunamos—. Se ha divorciado. Su hijo y él deben de perderse en esa casa tan enorme.

—Oh.

Parece ser la única palabra que soy capaz de recordar.

—Estoy de acuerdo. —Frank se levanta, rodea la mesa y me sujeta la cara para darme un beso—. No dejaremos que ese idiota nos amargue la vida. Nos mantendremos a distancia.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Anoche en el pub no se hablaba de otra cosa. Al parecer le hicieron falta dos camiones de mudanzas de los grandes para traerse todas sus cosas de Londres.

—Gabriel odiaba esto. ¿Por qué habrá vuelto?

Su nombre me provoca un extraño cosquilleo en la

lengua. Es la primera vez en años que lo pronuncio en voz alta.

—No tiene a nadie que le cuide la mansión. Su padre ya no está y su madre se largó a la otra punta del mundo. Espero que esté hundida hasta el cuello en mierda de dingo.

Frank siempre consigue hacerme reír.

—No sé qué se le habrá perdido por aquí, la verdad —añade, como si nada, pero veo las palabras que le han cruzado la mente: «Aparte de ti»—. Supongo que venderá la casa y se mudará a Las Vegas o Montecarlo o donde quiera que estos... —busca la palabra y hace una mueca de satisfacción cuando la encuentra— *famosetes* pasen el rato.

Frank pasa todas las horas del día y parte de la noche cuidando de los animales y de la tierra. Es la persona más trabajadora que conozco, pero nunca deja escapar la oportunidad de disfrutar de un atardecer en primavera o de apreciar el vertiginoso vuelo de una alondra. Tiene una profunda conexión con el clima y la naturaleza, lo lleva en la sangre. Es una de las muchas cosas que me gustan de él. Frank no tiene tiempo para leer novelas ni para ir al teatro. No sabría lo que es un dry martini ni aunque se lo tiraran a la cara. Es la antítesis de Gabriel Wolfe o, al menos, de la versión de Gabriel que sale en los periódicos.

Observo a mi esposo mientras, apoyado en la puerta, se pone las botas. Dentro de veinte minutos el olor a es-

tiércol lo habrá impregnado por completo y se le habrá colado varias capas por debajo de la piel.

Alguien llama a la puerta con tanta fuerza que lo sobresalta.

—Pero ¡qué demonios! —exclama, y abre la puerta con tanta brusquedad que su hermano se precipita al interior.

Todas las mañanas empiezan igual.

Jimmy, con las mejillas todavía coloradas por la cerveza de anoche, los ojos medio pegados y un mechón de pelo tieso, como si le hubiera puesto gomina, me dice:

—¿Una aspirina, Beth? La cabeza me está matando.

Alcanzo el botiquín que guardamos en el armario y que se usa básicamente para aliviar las resacas de Jimmy. En otros tiempos estuvo lleno de paracetamol infantil y tiritas.

Aunque se llevan cinco años, Jimmy y Frank se parecen tanto que, de lejos, me cuesta distinguirlos hasta a mí. Los dos pasan del metro ochenta, tienen el pelo muy oscuro, casi negro, y los ojos tan azules que la gente a menudo se los queda mirando. Todo el mundo dice que han sacado los ojos de su madre, aunque yo no llegué a conocerla. Llevan pantalones de pana desgastados y camisas gruesas, que pronto cubrirán con los monos azul marino que son su uniforme de trabajo. En el pueblo suelen llamarlos «los gemelos», aunque en broma, porque Frank siempre actúa como hermano mayor.

—¿No quedamos en que te acababas la jarra y te ibas a casa? —le pregunta Frank a su hermano, sonriendo.

—La cerveza es la recompensa de Dios por una dura jornada de trabajo.

—¿Lo has sacado de la Biblia?

—Si no está, debería estar.

—Volveremos para ocuparnos de los corderos a mediodía. ¿Nos vemos entonces? —me grita Frank mientras sale de casa con su hermano, y siguen riéndose cuando cruzan el patio.

Ahora que los hombres se han ido a ordeñar y ya no están incordiando por la cocina, hay mil cosas de las que debería ocuparme. Por ejemplo, la ropa: siempre hay prendas que lavar, nunca se acaban. Los monos de los dos hermanos están esperándome, en remojo, junto a la tabla de lavar. Igual que los platos del desayuno o el suelo, que siempre necesita un barrido, da igual las veces que pase la escoba.

Pero, en vez de eso, me preparo otra cafetera, me pongo un viejo chubasquero de Frank, me siento a la mesita de hierro forjado y paseo la mirada por nuestros campos hasta que alcanzo mi objetivo: tres chimeneas rojas de distintas alturas, que sobresalen del manto algodonoso de robles que cubre el horizonte.

Meadowlands.

ANTES

1955

No soy consciente de que entro en una propiedad privada porque voy perdida en mi mundo y tengo la cabeza llena de situaciones románticas que siempre acaban bien. Me imagino junto a una fuente mientras alguien me declara apasionadamente su amor y suena de fondo una orquesta en pleno apogeo. Aparte de mi tendencia natural a pintar las cosas más bonitas de lo que son, llevo una temporada leyendo mucho a Austen y a las Brontë.

Seguro que iba mirando al cielo, con la cabeza en las nubes, porque el topetazo me pilla por sorpresa.

—¿Qué demonios...?

El chico con el que acabo de chocar —el que acaba de golpearme el hombro con el suyo— no es un héroe romántico. Es alto, delgado y arrogante, como un joven señor Darcy.

—¿Es que no miras por dónde vas? —sigue diciendo—. Esto es terreno privado.

Sus palabras me resultan un poco absurdas, sobre todo por el tono seco y aristocrático con que las pronuncia. El prado verde y ondulado en que nos encontramos, salpicado de robles cuyas copas floridas parecen nubes, es Inglaterra en todo su esplendor. Es Keats, es Wordsworth, y todo el mundo debería poder disfrutarlo.

—¿Estás sonriendo?

Parece tan enfadado que casi me echo a reír.

—Estamos en mitad de la nada y no hay ni un alma alrededor. ¿Qué más da?

El chico se me queda mirando un instante mientras analiza lo que le he dicho.

—Tienes razón. Por Dios, ¿qué diantres me pasa?

—Me ofrece la mano en señal de paz—. Gabriel Wolfe.

—Ya sé quién eres.

Él me dirige una mirada expectante, a la espera de que le revele mi nombre, pero no me apetece decírselo todavía. Hace días que oigo hablar de Gabriel Wolfe, el famoso chico guapo que vive en la mansión, pero es la primera vez que lo veo en persona. Tiene un rostro agraciado: ojos oscuros enmarcados por largas pestañas que mis amigas matarían por tener, pelo castaño y ondulado que le cae sobre la frente, pómulos definidos y una nariz elegante. Supongo que se podría decir que la suya es una belleza patricia, pero va vestido con pantalones de tweed remetidos en unos calcetines de lana. Lleva una chaque-

ta a juego sobre los hombros a modo de capa, con el cinturón colgando. Va vestido como un viejo y no es mi tipo en absoluto.

—¿Qué haces por aquí?

—Buscando un sitio tranquilo para leer.

Saco el libro que llevo en el bolsillo del abrigo, una delgada antología de Emily Dickinson.

—Oh, poesía.

—Pareces decepcionado. ¿Eres más de P. G. Wodehouse?

Se le escapa un suspiro.

—Sé lo que estás pensando, pero te equivocas.

Vuelvo a sonreír, no puedo evitarlo.

—¿Eres mentalista?

—Piensas que soy un niño rico e idiota, un Bertie Wooster.

Ladeo la cabeza y lo observo.

—Al auténtico Wooster le encantarían esos trapos que llevas, eso es verdad. Diría que vas hecho un figurín.

Cuando Gabriel se echa a reír, parece otro.

—Son los viejos pantalones de pesca de mi padre. Los he mangado de una caja de cosas viejas que se iban a tirar. No me los habría puesto si hubiera sabido que te iban a molestar tanto.

—¿Eso estás haciendo? ¿Pescar?

—Sí, ahí abajo. Te enseño el sitio, si quieres.

—Pensaba que la plebe como yo no tenía acceso a esos sitios.

—¿Lo ves? Por eso tienes que venir. He sido un grosero y quiero compensártelo.

Permanezco inmóvil, indecisa. No quiero verme atrapada en algo de lo que luego me cueste escapar. Lo único que buscaba era un sitio bonito donde leer un rato.

Él me dedica otra de esas sonrisas que le cambian la cara y no puedo negar que es guapo, aunque vaya vestido como un viejo.

—Tengo galletas. Acompáñame, por favor.

—¿Qué tipo de galletas?

Gabriel duda un instante.

—Rellenas de crema de vainilla.

Una fuente con orquesta... Un lago con galletas... Para el caso es lo mismo.

—Bueno, si es así...

Y con esas palabras empieza todo.

1968

De todas las estaciones, mi favorita siempre ha sido la primavera, en especial las primeras semanas, cuando el aire engaña, más frío de lo que parece, los pájaros se van activando y los prados se llenan de corderos. Bobby se volvía loco con los corderos. Todos los años alimentaba a los huérfanos con biberón. Era su trabajo y no dejaba que nadie lo hiciera por él; una vez incluso faltó al colegio para no desatender sus obligaciones. Era un chiquillo movido, lleno de vida. Iba con pantalones cortos todo el año, hasta en lo más crudo del invierno, y no quería llevar abrigo, ni siquiera cuando la directora del colegio lo mandó a casa un día a buscarlo. Lo hacía todo bien. De pequeño cantaba tanto que lo llamábamos Elvis. Era alto y delgado, con el pelo castaño y tan rebelde como el de su tío.

Jimmy ha encendido el transistor y oigo la música mientras me acerco al establo de metal. *Hello, Goodbye* de los Beatles suena a todo volumen. No es muy bucóli-

co, pero parece que a la resaca de Jimmy le sienta bien. Lo observo mientras cruzo la verja de la parte superior del prado. Tiene una mano apoyada en el trasero de una oveja y menea las caderas y el pie.

—¿Dónde está Frank? —le pregunto, y él responde señalando el fondo del prado.

Juntos contemplamos cómo mi marido se acerca al vallado, apoya una mano en el tablón superior y balancea el cuerpo hasta conseguir la inclinación perfecta para saltar como si fuera un atleta olímpico. Lo veo hacerlo casi todos los días, pero nunca deja de proporcionarme una gran satisfacción ese lado juguetón de un hombre cuya vida gira alrededor de un trabajo tan duro.

Sube por el prado hacia nosotros balanceando los brazos con energía. Sé que lo más probable es que vaya silbando. Este es Frank en su elemento.

Casi todas las ovejas han parido ya. Tenemos cuarenta y seis corderos en el prado y unos cuantos más en el establo. Solo hay uno que necesita que lo alimentemos con biberón y otro que nació muerto. Frank y Jimmy se ocupan de las ovejas preñadas. Les palpan el vientre por si algún cordero viene de nalgas y también observan si hay señales de parto. Para ellos es algo casi instintivo, que podrían hacer con los ojos cerrados. Jimmy es más delicado. Habla con las ovejas mientras las atiende y les da una galleta cuando termina. Frank, en cambio, siempre va con prisas, con la cabeza en las

mil tareas que le quedan por hacer. Ese cerebro suyo no descansa nunca.

—¿Crees que podemos dar por terminada ya la reunión con las madres y seguir adelante?

El tono de Frank hace que Jimmy haga una mueca y mire al cielo.

—Ha venido mandón hoy, ¿eh? —les comenta a las ovejas.

Aunque tienen un prado amplio para ellas solas, no suelen alejarse y prefieren quedarse agrupadas cerca del establo. Dentro de una semana, más o menos, los corderos serán ya más independientes y empezarán a retozar de aquí para allá, tambaleándose sobre sus patas larguiruchas. Esa etapa era la favorita de Bobby. Aunque había nacido en una granja y sabía de qué iba la cosa, todos los años se le rompía el corazón cuando llegaba el momento de enviar a sus bebés al mercado.

No sé quién es el primero en oír los ladridos. Al darnos la vuelta, vemos un perro de caza de pelaje dorado que viene disparado hacia nosotros.

Un perro suelto, sin dueño, que se abalanza sobre nuestros corderos.

—¡Largo de aquí!

Frank trata de bloquearle el paso. Mide metro ochenta y ocho, es ancho de espaldas y su actitud es fiera, pero el perro lo esquivo y se lanza sobre el rebaño.

Las ovejas se lamentan y los corderitos balan asusta-

dos. Solo tienen unos días de vida, pero reconocen el peligro. Algo cambia en el perro, como si hubieran activado un interruptor. Enseña los dientes y se le tensa el cuerpo por la adrenalina.

—¡El arma, Jimmy, corre! —grita Frank, y Jimmy sale disparado hacia el cobertizo.

Frank es rápido y corre hacia el perro para ahuyentarlo con un grito primitivo, pero el perro es más veloz y ataca a un cordero y le desgarrá el cuello. Me horrorizo al ver la mancha carmesí cuando la sangre se extiende sobre la hierba. Un cordero, dos, luego tres, con las tripas asomando, como si fueran las entrañas usadas en un sacrificio. Las ovejas se dispersan en todas direcciones, tropezando, aterradas, dejando a los recién nacidos expuestos.

Me acerco al perro gritando y trato de reunir a los corderos, pero Jimmy me grita:

—¡Apártate, Beth! ¡Muévete!

Frank me atrapa y me estrecha con tanta fuerza entre sus brazos que noto cómo le retumba el corazón en el pecho. Oigo un disparo y luego otro. El perro suelta un quejido lastimero e indignado antes de quedarse en silencio. Ya pasó.

—Joder. —Frank se aparta y me apoya una mano en la mejilla, asegurándose de que estoy bien.

Mientras nos acercamos al perro, los tres vamos llamando a las ovejas.

—Vamos, chicas.

Pero siguen balando y temblando, y ninguna quiere acercarse a los tres diminutos cuerpos sin vida.

De repente, como si se tratara de un espejismo, un niño echa a correr prado arriba. Es pequeño, delgado y lleva pantalones cortos. Debe de tener alrededor de diez años.

—¡Mi perro! —grita.

Tiene una voz muy dulce y aguda.

—Mierda —dice Jimmy cuando el niño ve la bola de pelo ensangrentada.

—¡Has matado a mi perro!

El padre ha llegado a su lado. Está sofocado y respira entrecortadamente, pero apenas ha cambiado desde que era un chico.

—Por Dios, lo habéis matado.

—No nos ha quedado más remedio. —Frank señala los corderos descuartizados.

No creo que Gabriel sepa quién es Frank, y, menos aún, con quién está casado, pero, al volverse, me reconoce. Su rostro muestra una expresión de pánico, si bien enseguida lo disimula.

—Beth —me saluda.

Yo no le devuelvo el saludo, porque nadie se está ocupando del niño, que está junto a su perro con los ojos tapados, como si quisiera borrar el horror de la escena.

—Ven aquí —le digo cuando llego a su lado, y le apoyo las manos en los hombros.

Cuando me arrodillo frente a él y lo abrazo, empieza a llorar.

—Así, desahógate —murmuro—. Te hará bien.

Se entrega a mi abrazo y llora a todo pulmón, y yo vuelvo a abrazar a un niño con pantalones cortos.

Y así es como todo vuelve a empezar.